

La balada de Chicago

Modelo de una sociedad terrorista

Hans Magnus Enzensberger

© Hans Magnus Enzensberger
Marzo 2016

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del
BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Ezra Alcázar.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

“La balada de Chicago, modelo de una sociedad terrorista” texto incluido
en el libro POLÍTICA Y DELITO es publicado gracias a la cortesía de la
editorial Seix Barral.

Un guión radiofónico de este capítulo fue radiado por la *Hessische Rundfunk*. Mi exposición se ha basado en muchos aspectos en la recopilación de datos más extensa sobre el tema del gangsterismo en Chicago: Kenneth Alsop, *The Bootleggers*. London 1961.

La caja del violoncelo se abre de golpe: y del forro de terciopelo rojizo surge una flamante ametralladora. Al despuntar el día se descubren los cadáveres: el lechero los encuentra, en el curso de su ronda, junto a la boca de riego, el chico del ascensor en el vestíbulo del hotel, el encargado del almacén en el cobertizo entre las barricas de aceite. La más importante tienda de géneros de punto del lugar ha puesto en el escaparate un letrero, en el que se lee: «Zurcidos invisibles, y a precio módico, para los agujeros de balas de su traje». Hacia mediodía se dejan ver las *flappers*: son muchachas rubio-oxigenadas con faldas increíblemente cortas, sombrerito hongo y peinadas a la *garçonne*. Negros Cadillac's, fuertemente blindados, se detienen ante el restaurante de lujo, casi enfrente del Ayuntamiento, donde los asesinos dan un banquete en honor de la corporación municipal. Al tercer brindis, el fiscal recibe, de manos de un individuo sin afeitar, un reloj de bolsillo de oro. Está envuelto en un cheque. Luego todo el grupo parte para las carreras de caballos. En las tabernas de los sótanos comienzan a vibrar los pianos eléctricos. En los

cuartos de baño de los inmuebles con apartamentos mana el aguardiente procedente de la caldera de destilación. En las salas de juego se reúnen los primeros huéspedes alrededor de las escupideras de oro. La crema de la sociedad baila el shimmy y el charlestón en los antros con mirilla. Mientras los camiones de los contrabandistas de alcohol, escoltados por núveos policías en moto, hacen retemblar las calles adyacentes, los verdaderos amos de la ciudad se encuentran en el boxeo. Llevan sombreros de paja y blancos borceguíes. Sus cinturones están guarnecidos de diamantes, y el pañuelito que asoma en la chaqueta, encima de la pistolera, es de una blancura deslumbrante. Casi sería una ofensa presentarles; se trata de celebridades que todo el mundo conoce:

Jimmy Diamantes, Dan el Dandy, Vincent el Intrigante, Louis-dos-cañones, Jacob Dedos Grasientos, Hymie el Polaco, Quinta la Rana Saltarina, y en el centro, escoltado por doce guardaespaldas, el incomparable Al Capone, llamado Cara Cortada.

“I am a spook, born of a million minds” (Soy un fantasma forjado por millones de mentes), dijo este individuo al final de su carrera. La frase revela una inteligencia fuera de lo común. No puede decirse de modo más breve y conciso lo que caracteriza a este ser. Capone es una figura perteneciente a la historia, pero también a la imaginación. Es un engendro de la fantasía colectiva, y en ese sentido un fantasma: pero este fantasma es de una realidad más poderosa que cualquier hecho escueto. Historiadores, sociólogos, abogados y psicólogos estudiaron el fenómeno con todo detalle e intentaron explicarlo. Pero sus métodos no llegan al fondo de la cuestión. Esta cuestión se llama mitología.

El siglo diecinueve, en sus postrimerías, acuñó aún una colección de notables figuras mitológicas: el explorador (representado por Livingstone y Nansen), el dandy (Óscar Wilde), el inventor (Edison), el artista como mago (Richard Wagner). En cambio, *El mito del siglo XX* se asemeja al libro de este título: consiste, por regla general, en patrañas. El «Príncipe del Espíritu», como más o menos en el caso de Gerhart Hauptmann o de Stefan George, es una figura involuntariamente cómica que no halla sucesión porque ella misma ya es imitación. Entre los políticos del siglo, quizás con la excepción del revolucionario de profesión (personificado por Lenin), ni uno solo alcanzó talla mitológica. Los retratos de los pioneros de la técnica, de Lindbergh a Gagarin, amarillean con los reportajes que sobre ellos se escriben. El mundo industrial del supercapitalismo sobrevive en la fantasía colectiva sin un solo héroe. Incluso se ha secado la más antigua fuente de mitos: de ambas guerras mundiales no ha salido una sola revelación que se concretase en figura mitológica.

Ningún motivo tenemos para lamentarlo. En cambio, debería ya ser hora de preocuparse por la trascendencia de aquel déficit, y por sus causas. El caso es que cuanto menos progresa la mitología tanto más vehementes son los esfuerzos para producirla sintéticamente. De esta tarea se encarga la industria de conciencias. Publicidad y propaganda, medios de información y recreativos movilizan ingentes energías para crear mitos a escala industrial. Tanto más de destacar es su fracaso. Ello se explica en primer lugar por su misión. La industria ha de suministrar mitos de uso diario, de hoy para mañana; su mercado exige un rápido lanzamiento de ídolos, sean estrellas de cine, deportistas o políti-

cos; de aquí que la calidad del olvido forme parte, desde un principio, de la especificación del producto. Aquí existe una contradicción; pues lo esencial de la conciencia mitológica es la memoria. De aquí que la industria sólo pueda ya suministrar sucedáneos y pseudomitos que no dejan huella alguna en la memoria colectiva. No obstante, su fracaso tiene causas aún más profundas. Pues en la tarea de crear mitos fracasa por completo el principio de la división del trabajo. Se trata de una misión que no puede delegarse a especialistas. Precisamente esto constituye su mérito. En cada verdadero mitólogo se reconoce la sociedad en peso. Ésta descubre en él, sin saberlo, su propio retrato y lo acepta. A este retrato se otorga un crédito que no consigue ninguna imagen; su fuerza representativa llega más allá que cualquier publicidad.

Entre las figuras mitológicas extremadamente escasas el siglo veinte el gángster ocupa un lugar descollante. La fuerza imaginativa del mundo entero se lo ha apropiado. Una descripción del gángster la puede hacer cualquier alfabeto turco y cualquier intelectual japonés, cualquier mercachifle birmano y cualquier obrero sudamericano. Aunque sean los menos quienes pudieron tropezarse con él, con el gángster todos están familiarizados. Incluso en los países comunistas invade, como fantasma, caricatura o secreta amenaza, la imaginación de señores y siervos. Pero un solo nombre personifica el prototipo del gángster: el nombre de Al Capone. Cuarenta años después de sus «buenos tiempos» su aureola no se ha desvanecido. El fantasma del gángster continúa todavía reinando en los sueños del mundo.

Esto y no otra cosa justifica el que nos ocupemos de él. Lo único que en Capone y su mundo merece nuestro in-

terés es su función mitológica. El personaje histórico es diferente: es el de un hombre extremadamente corriente, ambicioso, inteligente y antipático, cuya historia no deja entrever ningún aspecto trágico. Carece de toda dimensión humana; es monstruoso y banal al mismo tiempo; cualquier periódico vespertino romano ofrece más drama vivo que la historia de catorce años de gangsterismo que aquí se relatará. A pesar de sus recargadas tintas es, en el fondo, una historia aburrida. Precisamente esto la hace instructiva. El atractivo sensacionalista con que se suele aderezar indica su ambigüedad. Este doble sentido lo comparte con todos los mitos modernos.

Su valor real no es fácil de separar de la mentira que le es inherente; y menos aun cuando se indaga en documentos y hechos escuetos. La industria de conciencias es ciertamente incapaz de crear mitos, pero no desdeña la oportunidad de servirse de ellos para sus fines. El periódico y la revista ilustrada, la radio y el cine, tienen una participación en la leyenda del gángster, que, a decir verdad, no se puede explicar; pero es enorme. Ya en el año 1925 el gángster era objeto de interés turístico: el cuartel general de Capone figuraba en el programa de las visitas a la ciudad. En 1930, cuando su poder había justamente sobrepasado su apogeo, parece que la sociedad cinematográfica Warner Brothers ofreció a Capone un contrato de 200 mil dólares por el papel principal en la película hollywoodense *Public enemy*: en ella debía interpretarse a sí mismo. El delincuente, en el sentido estricto de la definición que dio Günter Anders, se había convertido en un fantasma: en una reproducción de su propia reproducción.¹

Pero al mismo tiempo aparece bajo el barniz bruñido y estandarizado del producto industrial un estrato más antiguo que posee una vida mucho más auténtica que todo lo que jamás provino de Hollywood. El escenario en que se mueve el gángster mitológico es llamativo e inverosímil; recuerda a la feria anual y al museo de figuras de cera, al Grand Guignol y a la crónica negra. Aparece bañado en los colores de las viejas historias de bandidos, de los libros populares ilustrados de las impresiones en papel de estraza. En una palabra, pertenece al mundo del folletín.

Es éste un mundo preindustrial. Está toscamente dibujado y desfigurado hasta llegar a la mamarrachada. Pero el folletín es sincero aun allí donde miente y sus eufemismos revelan más que las técnicas más hábiles de sus sucesores industriales que han aprendido a dar a sus pseudomitos un aspecto de autenticidad. Así el folletín es un alegato acusatorio que la sociedad se extiende sin sospecharlo y, junto a la gran literatura, es el último portador de la conciencia mitológica. Precisamente su parcialidad, lo exagerado y disparatado de sus retratos garantiza su autenticidad mitológica. Lo mismo que se preocupa poco por los hechos históricos, con seguridad irá a buscar en lo real su núcleo de cristalización. También el mito del gángster, este engendro de la fantasía colectiva, se puede localizar y datar con toda exactitud: su época fue la de los *roaring twenties*, los explosivos veintes,

1. Günter Anders, *Die welt als phantom und matrize*. En: *Die anti-quiertheit des menschen*. München 1956. *Fantomas* es, dicho sea de paso, un título clásico procedente de la literatura folletinesca de fin de siècle. La serie de *Fantomas* sigue siendo hoy el prototipo de incontables historietas ilustradas en los periódicos. Su héroe reúne los rasgos del gángster con los del superhombre.

mejor dicho: el período de catorce años de la prohibición estadounidense que discurre entre 1920 y 1933; su lugar es Chicago, en su día la segunda ciudad de Estados Unidos.

Chicago tiene como su mayor mérito ofrecer una educación que se funda en los supremos valores de la vida y orienta a la inteligencia hacia la formación del carácter y del espíritu; y ciertamente en el entendido de que el futuro habrá de juzgar nuestra cultura por el tipo de hombre que produjo. En lo referente al fomento de los intereses culturales y al ennoblecimiento de la humanidad, Chicago ocupa el primer lugar... La fe es el sostén de sus ciudadanos: la fe en el futuro de Chicago. Desde el presidente del Banco hasta el vendedor ambulante los corazones latén al mismo compás: por nuestro querido Chicago. Pues en esta maravillosa ciudad la vida se muestra en todas sus facetas. Aquí se basan todas las relaciones humanas en la buena voluntad, en la amable convivencia y en la inteligente concordia.²

Las condiciones idílicas que describe un informe oficial del ayuntamiento a finales de los años veinte no fueron capaces, desgraciadamente, de despertar el interés de otros observadores. Aproximadamente por las mismas fechas el Congreso estadounidense consideró la posibilidad de declarar el estado de excepción en la «Atenas del Oeste» y, con ayuda de tropas escogidas y mediante la aplicación de la ley marcial, proceder contra el régimen gangsteril que había convertido el ayuntamiento y la sala de audiencias de la ciudad en un teatro de marionetas, y había llegado a dominar

2. Citado por Alsop, op. cit., pp. 185 y sig.

a la policía. Fue presentada al Senado de Washington una petición de los ciudadanos de Chicago, en la que constaba:

Una colonia de gángsters ha implantado en esta comunidad un supergobierno al cual la población ha de rendir tributo. Tal tributo lo consigue mediante el terror, el rapto y el asesinato. Muchos de estos gángsters han logrado hacerse fabulosamente ricos gracias al contrabando de alcohol. Operan con la complicidad de la policía y demás autoridades, establecen un monopolio del aguardiente y se reparten entre sí el término municipal.

No, como si la criminalidad organizada fuese una novedad para los habitantes de Chicago. Fue desde el principio una «ciudad abierta», *a wide open city*. Esta expresión no significa enteramente lo mismo en Estados Unidos que en Europa. No tiene sentido militar. Tal ciudad no permanece abierta a los ejércitos extranjeros, sino a los visitantes que, al igual que los héroes de Mahagonny, quieren divertirse. Juegos de azar y aguardiente, prostitución y fullería, ya en los tiempos de los pioneros de los Estados Unidos formaban parte de las fuentes de ingresos más saneadas de Chicago. Allá por 1830 pasaba por ser el «pozo cenagoso del llano». Esta tradición, de venerable antigüedad dadas las circunstancias estadounidenses, es indispensable para la comprensión de la función mitológica del lugar. Ella presta a la leyenda del gángster su trasfondo histórico. Toda forja de mitos requiere un pasado «sombrio» que permanezca abierto a la fantasía y que le pueda servir de campo magnético. El mito del gángster va inseparablemente unido al del salvaje

Oeste, la «frontera» abierta. Los legendarios tramperos, los cowboys y los sheriffs del Oeste son sus antecesores: también ellos son figuras mitológicas, pintadas en los tonos del folletín.

Ciertamente que la situación fronteriza del primitivo Chicago tuvo suma influencia en su sociología, en su política comunal y en sus hábitos sociales. Las necesidades de los rudos hombres del Oeste eran incompatibles con las leyes del país; por otra parte, se podía hacer con ellos pingües negocios, a los cuales no era propenso a renunciar el sano espíritu emprendedor del ciudadano. Por consiguiente, tuvo que lograrse de la ley que cerrase los ojos. Ciertos favores mutuos se sobreentienden. El esperado cruce de intereses se logró pronto: los policías de más graduación ejercían como dueños de burdel, y los más influyentes empresarios de *las casas de juego* prestaban a sus candidatos la ayuda necesaria en las elecciones. La corrupción era general y endémica.

Chicago continuó siendo, hasta bien entrado el siglo veinte, una ciudad abierta, una ciudad de la «frontera». Tras ser explotado el Oeste del continente, se abrió otra frontera, una frontera que no era geográfica, sino de tipo: se trataba de la inmigración. En sucesivas oleadas fueron llegando a Chicago los inmigrantes procedentes de Italia, Irlanda y Polonia; una vez allí crearon gigantescas colonias que, a menudo, se resistieron durante decenios a la asimilación.

Con ello concurrían en Chicago, desde tiempo inmemorial, algunas de las condiciones necesarias para fundar un imperio de gánsters. Sin embargo, no se cumplían aun los requisitos exigidos. Es verdad que una rama de actividades con muchas derivaciones atendía a dos necesidades

básicas de la ciudad: juegos de azar y chicas fáciles. Pero estas necesidades no eran generales, ni extendidas con la suficiente amplitud. La base era demasiado estrecha para poder levantar un imperio que dominase a la ciudad entera. Esta dificultad no la solventaron los concejales de Chicago, sino la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América. Votaron una decimoctava enmienda a la constitución del país, la llamada Ley Volstead, que entró en vigor el 17 de enero de 1920. Esta ley prohibía «la preparación, la venta, el transporte, la importación y la exportación de cualquier bebida embriagante». Las asociaciones de abstemios, que durante decenios habían hecho campaña en favor de la ley, prorrumpieron en vítores:

«Esta noche, un minuto después de las doce, nacerá una nueva nación. El demonio de la bebida hace testamento. Se inicia una era de ideas claras y limpios modales». «Se acabó el imperio de las lágrimas... Los barrios bajos serán pronto cosa del pasado. Las cárceles y correccionales quedarán vacíos; los transformaremos en fábricas y graneros. Todos los hombres volverán a marchar erguidos, sonreirán todas las mujeres y reirán todos los niños. Se cerraron para siempre las puertas del infierno.»

El resultado no se hizo esperar mucho. Apenas promulgada la ley, la nación fue acometida por unas locas ansias de zumo prohibido. Establecimientos especializados en levaduras, lúpulo, malta y alambiques abrieron repentinamente sus puertas. Todos los almacenes se vieron inundados por una avalancha de artículos con las instrucciones precisas para fabricar vino y cerveza en el propio hogar. Brotaban del suelo tabernas clandestinas, los llamados «lechones

ciegos» o *speakeasies*. Nueva York, que un año antes contaba con 15,000 bares legales, pudo jactarse en el año 1921 de la imponente cifra de 32,000 tabernas con mirilla. Clientela no les faltaba. El alcohol se convirtió en la obsesión norteamericana. El primer decenio de la prohibición arrojó el balance siguiente: medio millón de detenciones; penas de prisión por un total de treinta y tres mil años; dos mil muertos en la guerra del aguardiente de los gánsters; y treinta y cinco mil víctimas de intoxicación por alcohol.

Una ley más impopular nunca la hubo en Chicago. Cinco sextas partes de la población de la ciudad rechazaron la prohibición. La prohibición de cerveza era incomprendible y absurda para los incontables germano-americanos del lugar; los italianos no pensaban dejar su vino de mesa pero también a los norteamericanos afincados de antiguo les resultó sumamente antipático el tener que renunciar a la ginebra y el whisky, que pasaban por provisiones imprescindibles desde los días de la colonización. De este modo, había por vez primera una necesidad general e imperiosa cuya satisfacción estaba prohibida por la ley. A los delincuentes avocados de antiguo en la ciudad la prohibición les suministró una palanca ideal para saltarse a la torera la legalidad e implantar una total tiranía. Los gánsters no titubearon mucho en sacar partido de esta oportunidad única. La fecha de su subida al poder se puede fijar con bastante precisión: fue el 15 de mayo de 1920.

En este día tuvo lugar el entierro de un tal Jim Colosimo. Este Colosimo fue considerado el presidente extraoficial de los bajos fondos de Chicago durante los diez años que median entre 1910 y 1920. Tenía tras de sí la clásica carrera:

La balada de Chicago

hijo de una familia de inmigrantes de los barrios pobres del sur de la ciudad, hizo de limpiabotas, vendió periódicos, se inició como carterista y rufián, estableció una agrupación electiva, se procuró influencia y protección, y acabó montando toda una cadena de burdeles, salas de juego y clubs nocturnos. Dejando aparte que sentía predilección por los tirantes y ligas guarnecidos de diamantes, su aspecto era respetable y burgués. Nunca se le veía sin su bastón y sin su sombrero hongo. Era aficionado entusiasta a la ópera y amigo íntimo de Caruso. Aparte de los doce asesinatos que se le imputan, se limitó a las ramas tradicionales del negocio; su renta anual se cifraba en quinientos mil dólares. Con vistas a su seguridad personal contrató a un joven procedente de Nueva York llamado Johnny Torrio. Inmigrante de origen siciliano; primera experiencia profesional: ladrón en los bajos fondos neoyorquinos, pistolero a sueldo en la zona portuaria del East River; actividades posteriores: rufián y matón al servicio de Colosimo, y finalmente su apoderado.

Al contrario que Torrio, Jimmy Diamante no vio qué posibilidades ofrecía la prohibición a los hombres resueltos y ambiciosos. Se aferró a sus anticuadas ideas, vestigio del siglo diecinueve. Para el emprendedor Torrio el antiguo protector se le convertía ahora en un obstáculo. El 11 de mayo de 1920 fallecía Colosimo de un balazo en la cabeza. Torrio no fue quien disparó; se mantuvo al margen de lo sucedido; se dice únicamente que ofreció un premio de diez mil dólares por la cabeza de su jefe. El proceso por asesinato nunca tuvo lugar.

El 15 de mayo de 1920 se reunieron cinco mil asistentes enlutados alrededor del féretro de Jimmy Diamantes:

contrabandistas y senadores, dueños de burdeles y funcionarios, gánsters y policías, hombro con hombro. Ningún sacerdote le acompañó. En compensación, entre los portadores del ataúd había tres jueces, un fiscal, los dirigentes de la ópera metropolitana, dos miembros del congreso y diversos concejales. La cuenta del empresario de pompas fúnebres ascendía a cincuenta mil dólares. Johnny Torrio, el sucesor de Colosimo, lloró ante la tumba. Dijo en su discurso: «Éramos como hermanos». Mientras los asistentes al sepelio arrojaban las primeras glebas de tierra sobre el ataúd, el cuarteto Apollo entonó un último cántico. El título es verídico. Se trataba del himno coral *Más cerca de ti, oh Dios mío*.

Johnny Torrio era todo un hombre de empresa. Los testimonios de todos los cronistas contemporáneos coinciden en este punto. Amigos y enemigos, testigos sobornados e insobornables, gánsters colegas e historiadores le describen unánimemente como un talento al cual sólo puede hacer justicia la jerga de la sección de demandas para ciertos empleos que se encuentra en los más renombrados periódicos del mundo occidental:

(«Gran personalidad, capaz de llevar buena administración y de comportarse con aplomo; resuelto, perspicaz y con inventiva, irradiando optimismo e iniciativas; hábil en las negociaciones, experto en toda cuestión de dirección y organización, se busca para montar un ramo industrial nuevo, enorme y de gran porvenir. Se trata de una misión gestora muy importante que exige conocer a fondo las fases de la producción hasta el marketing. Son indispensables un severo manejo del personal y un poder de persuasión superior al normal»). No es mera metáfora la comparación del

jefe de gángsters con un ejecutivo industrial. Es verdad que fueron las ráfagas de ametralladoras en las calles de Chicago y no sus pacíficas transacciones las que llevaron a Torrio a la celebridad de los titulares en todo el mundo; pero su estrépito descubre tan poco su talento emprendedor como una campaña publicitaria lo hace con los recursos financieros del *trust* que la ha montado. Johnny Torrio no llevaba ninguno de los apodos típicos de los gángsters; sus gentes le llamaban «el presidente del consejo de vigilancia». El lustro en el cual operó, el período entre 1920 y 1925, fue el período creador de la más lucrativa industria de Chicago, la industria del alcohol. Su crónica parece, a trechos, un fragmento de la historia de las firmas comerciales; los capítulos de que consta podrían, deduciendo algunos inoportunos detalles, figurar en el programa de fiestas del aniversario de una sociedad anónima.

Torrio encontró la rama de actividades ilegales sobre el alcohol en una situación bastante primitiva. La producción estaba en la fase de manufactura. El aguardiente se preparaba en pequeña escala, por procedimientos casi manuales. A ello se añadía un insuficiente suministro de mejores calidades por improvisadas vías de contrabando. El «presidente del consejo de vigilancia» procuró, ante todo, conseguir un buen capital base. Lo encontró en las familias de cerveceros reputados y de rancio abolengo que no habían quedado muy contentas a raíz de la Ley Volstead. Estas gentes prestigiosas aceptaron con gusto cooperar en las empresas de Torrio como socios comanditarios. Su primer paso fue poner a salvo las desmanteladas fábricas, bien por contrato de compra o adquiriendo la mayoría de acciones. En el plazo de dos

años Torrio controlaba ocho fábricas. Las pequeñas destilerías se integraron a las cadenas de producción. La importación se racionalizó rigurosamente: transportes regulares con un itinerario de camiones exactamente trazado sustituyeron a los hasta entonces esporádicos recorridos de contrabando. También se organizaron metódicamente la salida y la venta de la mercancía.

Una política personal audaz y lógica fue la primera condición para la resolución de este problema. En el verano de 1920 convocó Torrio un ciclo de reuniones. Fueron invitados los pequeños industriales de Chicago establecidos por su cuenta: atracadores de bancos, ladrones, pistoleros, embaucadores y rufianes. Torrio pudo ofrecerles tan buenas condiciones que muchos de ellos se alistaron en las filas de sus guardaespaldas, que a finales de año llegaron a unos efectivos de más de cien hombres. Sin embargo, sus mejores colaboradores los obtuvo Torrio de los círculos de su ciudad natal, de Nueva York. Allí había conocido en su juventud a Alphonse Capone. Le hizo venir sin tardanza e hizo de él primero su ayudante de dirección, después su socio y por último su sucesor.

La carrera y la formación de Capone respondían exactamente a las normas de la nueva generación de gánsters. Su nombre oficial era Alphonse Caponi, su lugar de origen Castellamare, cerca de Roma; cuando tenía un año sus padres emigraron a América; familia numerosa; ambiente de bajos fondos; abandonó la escuela a los trece años; ocupaciones ocasionales; robo de tiendas y sustracción de coches; chulo de navaja y matón en locales de mala nota; por último, gerente de un club nocturno con bar, sala de juego y negocio de burdel.

De este modo se resolvieron los primeros problemas con que se enfrentó Torrio. Quedaban dos tareas no menos difíciles. Una de ellas podría designarse de *public relations*; igualmente podría hablarse de «labor de fomento de la opinión pública». En primer lugar la firma tuvo que asegurarse las simpatías y la cooperación del ayuntamiento. Pronto pudo Torrio afirmar y ampliar las valiosas relaciones que venía conservando desde sus años de aprendizaje con Jimmy Diamantes. Las bien organizadas agrupaciones electivas se mostraron muy útiles; por una sola elección de alcalde gastóse el sindicato un cuarto de millón de dólares. Igualmente magnánimo se mostró Torrio con la policía. Dos tercios del total de agentes policíacos participaban activamente en el negocio del alcohol; por lo demás, los regulares pagos semanales a la policía ascendían a treinta mil dólares. Un importante empleado de la firma Genna Hermanos, filial de la Torrio, que se ocupaba principalmente de destilerías en pequeña escala y que era dirigida por seis gentes de la mafia siciliana, describió más tarde sus relaciones con la policía del modo siguiente:

«Nuestro almacén de entrega trabajaba día y noche en dos turnos de doce horas. Disponíamos de una flota de camiones y camionetas ligeras. El almacén estaba abierto de par en par y se trabajaba a la vista de todos. Los eventuales controles de la policía eran notificados a la gerencia regularmente con veinticuatro horas de antelación; a estos avisos se adjuntaba habitualmente una copia de la orden de registro. Mientras yo me encargué del almacén los Genna llevaban el negocio con pleno conocimiento y con la aquiescencia y apoyo de la policía... Cada mes nos visitaban cuatrocientos

agentes de policía uniformados, además de hasta cuatro grupos de choque enviados por la jefatura. También el Ministerio Público enviaba sus representantes. Para fines de control la correspondiente comisaría del distrito nos mandaba una lista de su personal para que no pudiésemos ser engañados por intrusos. Esta lista pasaba por nuestras máquinas sumadoras. En la fecha de pago se anotaba el número de cada policía y se entraba en el libro de caja al lado del importe del salario... Los pagos mensuales ascendían desde una pequeña cantidad hasta 6.500 dólares en abril de 1925».

No sin orgullo pudo afirmar Johnny Torrio al cabo de algunos años: «La policía es mi propiedad privada».

Similares éxitos pudo apuntarse el «presidente del consejo de vigilancia» en sus esfuerzos para lograr el favor del público. Su método era sencillo. Enviaba una columna de colaboradores suyos, atentos y correctamente vestidos, al lugar donde quería extender sus operaciones: cada casa en las proximidades del proyectado establecimiento era visitada. Las gentes de Torrio se ofrecían para cancelar hipotecas, encargarse de gastos de reparación, liquidar cuentas impagadas o financiar un nuevo coche. Caso de que los futuros vecinos no se mostrasen bien dispuestos les esperaba una visita de los escuadrones de protección. De este modo Torrio pudo pronto cubrir todos los alrededores de Chicago con una tupida red de tabernuchos, salas de juego y burdeles.

El último problema, y al mismo tiempo el más acuciante, con que Johnny Torrio tuvo que enfrentarse fue la competencia. No consiguió una solución definitiva y todavía a su sucesor Capone le dieron muchos quebraderos de cabeza los gánsters que no pertenecían al sindicato. Do-

minaban sobre todo la parte norte de la ciudad. Mientras el sindicato de Torrio fue dirigido por italianos, los jefes de las bandas del norte fueron casi siempre irlandeses o polacos. La existencia de estos intrusos no era grata al sindicato. No sólo estorbaban la ulterior expansión de las operaciones; eran también una constante tentación para los jefes de grupo y filiales de hacerse asimismo independientes. Representaron para Torrio las únicas amenazas graves a que se vio expuesto en Chicago. A causa de ellos fortaleció sus secciones de asalto hasta unos efectivos de setecientos hombres y los puso bajo el mando de Capone. Sin la rivalidad entre el sindicato y las bandas rebeldes las empresas industriales de Torrio nunca hubiesen atraído hacia sí la atención del mundo; su razón social debe su legendaria fama sólo a las espectaculares hostilidades y a la entrada en escena de vehículos blindados, granadas de mano y ametralladoras.

Es fácil destruir el hechizo de esta fama. La guerra de bandas en Chicago no es más que la continuación del negocio con otros medios. No la motivaron el afán de aventuras ni la fanfarronería; la lógica económica la impulsó. El sindicato se vio forzado a la expansión, sus competidores tuvieron que defender sus zonas de ventas y su participación en los mercados. La historia de la guerra de gánsters es tan instructiva y tan aburrida como la del ramo de la alimentación en cualquier ciudad de provincias: un tema para disertar sobre economía política. Sus figuras son mediocres; el que vayan siempre con ametralladoras en lugar de letras de cambio no acredita su estatura.

Confusa y monótona se nos aparece la crónica de los catorce años de esta lucha, y las sensacionales matanzas en

masa se han enmohecido: episodios de escasa importancia, tan poco interesantes como los informes ya caducados de un interventor público.

Contentémonos, pues, con la descripción de dos operaciones que pueden servir como ejemplo de otras muchas. El primer ejemplo muestra los métodos de expansión del sindicato. Podemos llamarlo la conquista de Cicero.

Cicero (unos 50,000 habitantes; estructura social: típica zona residencial de clase media, empleados, comerciantes, hombres de negocios; cámara de comercio propia, Rotary Club, aborígenes en sus dos tercios) es un arrabal del sudoeste de Chicago. Torrio había considerado este lugar para ampliar sus operaciones, y sin embargo tropezó con dificultades. El vecindario, preocupado por el digno nivel de vida de la comunidad, no se había mostrado propicio a la fundación de un barrio de placer. Ciertamente el sindicato había logrado poner de su parte al ayuntamiento; pero existía el peligro de que las inminentes elecciones municipales diesen al traste con esta buena disposición. Torrio encargó a su lugarteniente Capone que velase por el resultado favorable de las elecciones. Un informe oficial da la siguiente descripción del curso del día de las elecciones:

«Automóviles ocupados por pistoleros patrullaban por las calles de la ciudad. Los candidatos fueron apaleados y raptados, y los colegios electorales ocupados por gánsters armados. Los electores tenían que depositar su papeleta de voto en la urna, apuntándoseles una pistola. Ciudadanos recalcitrantes y asistentes electorales fueron metidos en un coche que les aguardaba y conducidos a Chicago, donde siguieron detenidos hasta el cierre de los

colegios electorales».³ La oposición telefoneó a la jefatura del distrito pidiendo ayuda. Setenta policías auxiliares prestaron juramento ante el juez y fueron transportados a Cicero. Inmediatamente abrieron fuego contra la guardia de los gánsters. Capone y sus gentes respondieron a la agresión. La batalla concluyó con pérdidas por ambas partes: en total cuatro muertos y cuarenta heridos. El antiguo consejo municipal fue reelegido por gran mayoría. Se abrió una investigación judicial y no llegó a ningún resultado.

Un año después Cicero ofrecía el aspecto de una ciudad de buscadores de oro: anuncios luminosos, tabernas, clubs de juego, tenderetes, carreras de galgos, locales nocturnos. Solamente de Cicero afluyó pronto al sindicato un ingreso semanal de cien mil dólares. Pasaron ya los tiempos apacibles de la persuasión; el consejo municipal reelegido no tenía de qué reírse. El auténtico alcalde de Cicero vivía en Chicago como ropavejero. Poseía una tienda en la Wabash Avenue, en cuyo escaparate se podían ver un piano, algunas alfombras y una biblia. Se llamaba Alphonse Capone. Transmitía sus órdenes por teléfono al ayuntamiento de Cicero. Cuando el alcalde electo, un individuo llamado Klenha, no las siguió un día lo bastante aprisa, apareció Capone y le arrojó por las escaleras del ayuntamiento. Un policía contempló la escena y continuó tranquilamente su ronda.

Tras uno de los habituales tiroteos compareció Capone en la jefatura de policía y preguntó: «¿Me han dicho que ustedes me buscan? ¿Pueden decirme de qué se trata?». El agente le explicó que se trataba de un asesinato, del cual se le inculpaba a él. «¿A quién, a mí? Oiga usted, yo soy un respetable hombre de negocios. Soy comerciante de muebles.

No soy ningún gángster. Nada sé de ese Torrio del que usted me habla.»

La lucha contra la competencia se siguió con los mismos medios que la campaña para conquistar nuevos mercados. Un buen ejemplo lo constituye la operación contra Dion O'Banion, un irlandés, que, en su tiempo, fue el gángster más destacado de una banda independiente del norte de la ciudad. A pesar de muchas advertencias, O'Banion no quiso atenerse al convenio que le propuso el sindicato. En especial se acarreó la antipatía de los hermanos Genna. O'Banion había seguido la carrera usual: hijo de inmigrantes, bajos fondos, robo con fractura, atraco a mano armada, y finalmente gángster del alcohol. Su negocio marchaba. No le faltaba arrogancia. «Somos la plutocracia, sólo que sin sombrero de copa», dijo en una entrevista. Sus aficiones eran la música clásica y las flores. Poseía una floristería casi enfrente de la catedral del Santo Nombre. También tuvo éxito en esta rama, pues sus colegas los gángsters, ya fuesen sus amigos o estuviesen enemistados con él, se surtían en su tienda. La cifra de encargos era muy alta a causa de los numerosos entierros.

El 9 de noviembre de 1924 al atardecer llegó uno de tales encargos a la tienda de O'Banion. El dueño de la floristería prometió preparar la corona que solicitaban con sus propias manos. A la mañana siguiente, una *limousine* azul se detuvo ante la tienda. Mientras O'Banion cortaba el tallo de un ramillete de crisantemos, entraron tres individuos. Uno de ellos le estrechó la mano. En aquel preciso instante se oyeron seis disparos. La policía sospechó de Torrio, Capone y los hermanos Genna. Ninguno de los sospechosos pudo contribuir a esclarecer el asesinato.

El sepelio tuvo lugar cuatro días después. Eclipsó a todos los precedentes. Ningún presidente de los Estados Unidos fue nunca sepultado con tal pompa. El cadáver estuvo tres días en capilla ardiente en el salón del empresario de pompas fúnebres (un segundo fiscal). Cuarenta mil ciudadanos de Chicago honraron al gángster con una última visita. La comitiva fúnebre tenía una longitud de más de dos kilómetros. Tres bandas de música, seis camiones llenos de flores y veinte mil personas enlutadas seguían al féretro. Entre las ofrendas florales por valor de cincuenta mil dólares destacaban una alfombra de orquídeas para la tumba y un colosal corazón de rosas rojas. Otra cesta de rosas llevaba la inscripción: «De Al». Capone, Torrio y los hermanos Genna daban la última escolta a su difunto competidor.

El ataúd, un modelo exclusivo por valor de diez mil dólares, tenía paredes de plata maciza y una cubierta de cristal. O'Banion reposaba sobre almohadones de raso blanco. El periódico más importante de Chicago, el *Tribune*, pudo dar a sus lectores los siguientes detalles:

«Había ángeles de plata en la cabecera y a los pies, inclinada la cabeza hacia el finado, al resplandor de diez velas que sostenían candelabros de oro macizo. En el bloque de mármol sobre el que descansa el ataúd se lee en letras doradas: Dejad que los niños se acerquen a mí.»

Bajo las actas del proceso O'Banion escribió el juez de instrucción: «Los autores del crimen son desconocidos, el proceso es sobreseído». La banda de O'Banion no estaba conforme con este fallo. Doce semanas después del entierro pasó a la contraofensiva. Un día de enero de 1925, a las cinco de la tarde, el «presidente del consejo de vigilancia» Johnny

Torrio cayó ante la puerta de su casa con cinco balas en el cuerpo. En el hospital declaró a los detectives: «Sé quién fue, pero esto no os importa. No soy delator».

Tres semanas después Torrio pudo abandonar el hospital. En marzo llamó a Capone y a sus abogados y le transfirió todos sus negocios. Podía permitirse este lujo. Quince años después Torrio moría pacíficamente, como hombre acaudalado, cuando le afeitaban en una peluquería de Brooklyn. De Capone se despidió con estas palabras: «Puedes quedarte con todo el negocio. Ya tengo bastante. Regreso a Italia. Necesito un poco de sol».

Desde el momento en que Johnny Torrio subió al vapor de lujo que había de llevarle a Nápoles, Capone fue el zar y señor absoluto de Chicago. Heredaba una empresa industrial que daba una ganancia bruta de unos setenta millones de dólares al año. Consideraba a su mentor y padre adoptivo como un eminente promotor y pionero, pero no estaba dispuesto a darse por satisfecho con lo alcanzado. Ningún personaje era para él demasiado grande. Dijo: «Napoleón fue el gángster más grande del mundo, pero yo podría superarlo en ciertos aspectos».⁴ Creía superar a todos sus incontables antecesores. Tenía razón.

Capone no era ningún fundador, sino un empresario de la segunda generación. Sus primeras medidas pasaron desapercibidas y no salieron en los titulares de los periódicos. Disponían reformas de régimen interior. Con ayuda de su especialista en finanzas, Guzik «Dedos Grasientos» racionalizó con todo esmero la administración de su razón social. Introdujo métodos modernos de organización e instaló flamantes máquinas contabilizadoras. Veinticinco contables

trabajaban para la empresa, la cual nada tenía que envidiar a las empresas mejor dirigidas del mundo legal de los negocios. Además Capone agregó a la empresa una sección de seguridad. Aparte de los guardaespaldas y escuadrones de protección, creó una sección de defensa que daba ocupación a espías en todos los negocios de la ciudad y del Estado, en hoteles, agencias de viajes y restaurantes. Un grupo interceptor, integrado por telefonistas, intervenía importantes líneas telefónicas. La sección de documentación transformaba los informes así obtenidos en *dossiers* que se guardaban en un archivo propio.

Capone instaló su cuartel general en el hotel Metropol. Allí tenía a su disposición dos pisos con cincuenta habitaciones fuertemente custodiadas, dos ascensores propios, bares privados y una bodega especial. Los domingos el jefe daba audiencias a los jefes menores de policía, las autoridades municipales y judiciales. También incluía el hotel un centro de instrucción para los escuadrones de protección: constaba de dos salas con entrenadores pugilísticos, paralelas, barras fijas y máquinas de remar. Además, la organización poseía en el campo diversas pistas de tiro y entrenamiento para ametralladoras.

A Capone se le imputan en total entre veinte y sesenta asesinatos cometidos por propia mano; la cifra exacta es incalculable; debió ser el instigador de otros cuatrocientos por lo menos; ni en un solo caso fue requerido judicialmente. Por lo tanto, difícilmente se le atribuirá una exagerada propensión a las soluciones pacíficas; probó cumplidamente que por cuestión de principios no se avergonzaba del aspecto sangriento de su negocio. A pesar de todo, le preocupaba

Hans Magnus Enzensberger
el estado de guerra permanente de las calles de Chicago, incluso lo desaprobaba abiertamente.

Johnny Torrio hubiese sido incapaz de resolver el grave dilema de su empresa, el dilema entre el impulso expansivo y la competencia. Su sucesor reconoció la naturaleza económica del problema. Como cualquier otra industria el negocio del alcohol obedecía a las reglas estructurales de la evolución capitalista. Sus años de inseguridad habían pasado ya. Era ostensible la tendencia a la concentración del capital. La competencia de los intrusos intranquilizaba no sólo al mercado, se oponía a las ansias de progreso de toda industria y la sumía en una fase de anárquica lucha competitiva. Al contrario que Torrio, Capone vio las posibilidades que ofrecía una forma de monopolio económico. Como paso previo se ofrecía un oligopolio de las firmas que dominaban el mercado. Después de todo Alphonse consideraba la ametralladora como un arma ya anticuada a la cual pensaba sustituir por otros elementos más modernos y más terribles, o sea por convenios de cártel, por concentración de capital y creación de *trusts*.

A tal efecto, el jefe de los gánsters convocó en otoño de 1926 a sus más importantes rivales, junto con sus jefes de filial, para una conferencia cumbre. Fueron necesarias dos conferencias preliminares de apoderados para ponerse de acuerdo sobre las actas y los temas a tratar. La conferencia tuvo lugar en terreno neutral, o sea en un hotel contiguo a la prefectura de policía. Los participantes, así como sus guardaespaldas, asistieron sin armas. La conferencia llegó a un acuerdo que incluía los siguientes puntos principales:

1. Cese inmediato de hostilidades entre los grupos representados; suspensión de todo tiroteo y refriega.

2. Poner fin a los atracos a mano armada de bandas independientes a los almacenes de bebidas de los demás.

3. Amnistía general para los hechos de armas del pasado.

4. El jefe de cada grupo responde personalmente de su disciplina y del cumplimiento de lo acordado.

5. Las zonas de venta, los precios base y los márgenes comerciales son fijados por la conferencia.

Quedó comprobado que Capone era en la mesa de conferencias un adversario más peligroso aún que en las refrigerías callejeras. Consiguió hacer prevalecer sus propuestas para la futura organización de mercados. Este éxito lo convirtió definitivamente en jefe del *trust* y, de este modo, en dictador de Chicago. Había llegado al punto culminante de su carrera.

La conferencia de otoño de 1926 acabó con un banquete de confraternidad, en el cual los asesinos allí reunidos se daban mutuamente palmadas en los hombros. Al día siguiente, el vencedor declaró a los periodistas congregados: «He apelado a la conciencia de los jóvenes. Aquí hay un gran negocio, y ¿qué es lo que conseguimos? Una barraca de tiro al blanco. Así, no hay modo de ganar nada. Esto es lo que les expliqué. Nuestro trabajo ya es de por sí bastante duro y peligroso, dejando aparte estos conflictos, y un hombre que en su especialidad realiza un trabajo duro gusta, una vez acabada la jornada, de marcharse a su casa y descansar. ¿Y para qué le sirve, si ya no puede arriesgarse a sentarse ante la ventana o a abrir una puerta?»

Ciertamente que pronto iba a mostrarse que Capone había sobrestimado el sentido común de sus colegas en

materia de economía. Al cabo de tres meses de firmarse el acuerdo ya volvían a entrar en acción las pistolas. La guerra de bandas rugía de nuevo. Capone ya no podía arriesgar su puesto. Durante seis años se mantuvo como señor indiscutible de la ciudad.

Al comenzar los años treinta podía hacer un balance verdaderamente impresionante. La ganancia bruta obtenida del negocio del alcohol ascendía a cien millones de dólares al año, la fortuna personal de Capone se elevaba a cuarenta millones. El sindicato había inaugurado un ramo de actividades nuevo y sumamente prometedor: la infiltración de los sindicatos obreros. Se trataba en primer lugar de lograr el control de ciertos ramos. Esto se efectuaba mediante el soborno y la intimidación. Tan pronto como un sindicato se fusionaba con el de Capone, obreros y patronos se veían sistemáticamente sometidos a extorsión. El sindicato estaba también preparado para la consecución de trabajo. Así, por ejemplo, Capone equipó a sus tropas de choque con picos de partir hielo e hizo que reventasen, en el intervalo de cuatro semanas, cincuenta mil neumáticos de coches aparcados. La operación favoreció a los propietarios de garajes controlados por el sindicato; por supuesto que Capone participaba de los beneficios. En el año 1931 dominaba cerca de un tercio de los sindicatos de obreros especializados de Chicago. Eran en cierto modo su Frente del Trabajo.

Capone podía, sin desembolso alguno, asentar a la policía en el activo de su balance. La había convertido íntegramente en una propiedad privada. Una ojeada a la estadística de crímenes muestra que la segunda ciudad de los EE. UU. estuvo prácticamente sin policía durante diez años.

La balada de Chicago

De los seiscientos a setecientos casos de la guerra de bandas, llegaron a procesarse cuatro. «El ochenta por ciento de los jueces de Chicago son criminales», declaró un vocal de la junta civil en favor de la seguridad pública de Chicago. El ayuntamiento no sólo estaba corrompido, sino que se hallaba en quiebra. La deuda de la ciudad ascendía en 1930 a trescientos millones de dólares; esto era el triple de la ganancia bruta de Capone. El banquero más importante de Chicago declaró: «Hemos quebrado». La ciudad ya no podía pagar a sus maestros, oficinistas y bomberos. El servicio de recogida de basura dejó de funcionar. La aportación de Chicago a los doce millones de parados de los Estados Unidos era la más alta de todas las ciudades del país. Había llegado la hora de ajustar cuentas. Y también sonó para Alphonse Capone.

¿Por qué fracasó? ¿Por la quiebra de la economía capitalista? ¿Por los pequeños errores que se dice que cometen todos los criminales, tarde o temprano? ¿Por un accidente imprevisto? ¿Por la envidia de sus conciudadanos? ¿Por la miseria de la ciudad explotada por él? La pregunta no admite respuestas tan sencillas. Todavía a finales de 1929 era Capone uno de los ciudadanos más populares de América. En una asamblea que tuvo lugar en el campo de deportes de la Northwestern University, en el centro de Chicago, le vitorearon diez mil boyscouts y le gritaron a coro: « ¡El buenazo de Al! ¡El buenazo de Al!».

Capone era bastante sensible a tales ovaciones. Le gustaba llamar la atención. Tanto más amargamente había de quejarse de la traición de sus adeptos: «El actuar bajo los focos trae consigo muchas preocupaciones».

Este descubrimiento llegó demasiado tarde. Cuando lo hizo las cosas ya habían cambiado. En el intervalo de algunos meses la opinión pública dio un brusco viraje. Puesto que Torrio y Capone habían hecho de la policía su empresa privada, la oposición contra el sindicato tuvo que organizarse forzosamente también sobre una base privada. Era llevada, en lo esencial, por la comisión de seguridad de Chicago. Esta asociación la integraban simples ciudadanos, no disponía en absoluto de poderes legales. De modo característico emprendió la lucha contra Capone con métodos inmanentes al sistema, o sea industriales y financieros: promovió una campaña publicitaria en toda regla. El inmediato éxito de la campaña, que fue iniciada en 1930, se basó en una sola consigna. La comisión publicó una lista de veintiocho nombres y a los encartados los declaró «enemigos públicos». Capone aparecía en esta lista como Enemigo Público núm. 1. Esta designación fue adoptada en todo el mundo e hizo más daño al dictador de Chicago que los alegatos de la justicia y las ametralladoras de sus rivales.

En mayo de 1929 tuvo lugar en Atlantic City una de aquellas conferencias de gánsters en las que Capone solía poner a prueba su brillante aptitud para las negociaciones. Esta vez fueron invitados a tratar del entrecruzamiento y expansión de sus respectivos intereses no sólo los jefes de las bandas de Chicago, sino también los dirigentes de toda la industria norteamericana del crimen. La conferencia transcurrió a plena satisfacción de Capone. En el viaje de regreso a Chicago, el Enemigo Público núm. 1 tuvo que detenerse dos horas en Filadelfia. Entre dos trenes vio una película. Salió del cine hacia medianoche. Dos detectives le

reconocieron y le apresaron. Un cacheo reveló que llevaba consigo una pistola. Al día siguiente, Alphonse Capone fue condenado a un año de prisión por tenencia ilícita de armas. Era el principio del fin.

Capone quedó mudo de asombro. Nunca hasta aquel momento había pasado un solo día en prisión este hombre, dos veces asesino. Los policías y los jueces de Filadelfia no quisieron aceptar dinero de él. No podía dar crédito a sus ojos. Al salir de la cárcel un año después se había convertido de repente en un indeseable. Fue expulsado sin más de Florida, donde poseía una casa de campo. En Chicago fue llevado a los tribunales por «vagabundeo».

«Ahora de repente soy en todas partes la víctima propiciatoria. Estoy harto. Creo que voy a retirarme», dijo Capone. Pero sus adversarios más temibles no se hallaban en Chicago, sino en Washington. Estos eran algunos ancianos insignificantes con lentes y cuello duro. Cada uno de ellos tenía escritorio en el departamento de investigación de impuestos del Ministerio de Finanzas, y en estos escritorios los pedantes y pacientes jefes de sección depositaron, en el curso de unos años, toda una colección de pruebas.

El proceso Capone comenzó en junio de 1931, y en octubre del mismo año el dictador de Chicago fue definitivamente derrocado. Se le condenó a once años de cárcel y cincuenta mil dólares de multa. Capone no tenía que expiar ningún crimen de asesinato, robo, cohecho, soborno y subversión, sino un delito más grave: no había pagado sus impuestos sobre la renta.

«Éste es un golpe bajo», dijo Capone, «pero contaba con ello. Toda la ciudad está predispuesta en contra mía...

No sé en absoluto lo que todos tienen contra mí... La mayor parte de mi vida actué como un bienhechor público... He tenido mala suerte».

«En mis siete años de experiencia profesional», declaró el médico de la prisión, «nunca me he encontrado con un preso tan afable, con tan buen humor y tan deferente. Es diligente y listo, un preso modelo».

Capone fue puesto en libertad en 1939 por estar gravemente enfermo. Sufría parálisis progresiva, una fase avanzada de sífilis. Vivió aún más de seis años en Florida, medio escondido, fabulosamente rico y casi irresponsable. Murió a comienzos de 1947. Cuarenta acompañantes enlutados se reunieron en el cementerio Mount Olivet de Chicago, la última morada de doscientos cincuenta gánsters. Capone está enterrado entre sus esbirros y sus víctimas. El entierro fue breve y mísero. Habían pasado los viejos tiempos y con ellos el mitológico período del gangsterismo.

Capone representó enteramente a este período, no sólo en sus gestiones financieras, sino también en su vida privada. La vida privada del gánster era ejemplar. Estaba profundamente convencido de las ventajas morales de su modo de vida. Su concepto de la familia está por encima de cualquier sospecha. Al Capone fue decidido adversario de la emancipación de la mujer; en este punto fue inflexible: «Una mujer pertenece a su hogar y a la cuna de sus hijos».

Análogos informes prueban que los gánsters de Chicago fueron hijos conmovedoramente solícitos. Torrio, que era abstemio y no fumaba, y nunca dejó escapar un juramento, adoraba a su anciana madre e hizo construir para ella una casa de campo en Italia, donde la servían quince

criados. Daba gran importancia, una vez terminada la jornada, a regresar puntualmente a su casa y dedicarse a la familia. «Nunca hubo marido mejor ni más afectuoso», dijo su viuda. «Nuestro matrimonio fue una única y apacible luna de miel.»

El pistolero Walter Stevens, uno de los sicarios de Capone, cuidó a su mujer enferma durante veinte años. Adoptó tres huérfanos. Sus hijas adoptivas fueron dignamente educadas; les prohibió maquillarse y llevar falda corta; sus lecturas consistían en ediciones expurgadas de los clásicos. No veía con buenos ojos que asistiesen al teatro, y a sus hijos les estaba prohibido el trato con los de su edad a causa de la inmoralidad de la joven generación, de la cual Stevens se quejaba amargamente. La tarifa de Stevens para un asesinato era de cincuenta dólares. Por supuesto que era abstemio, al igual que O'Banion, el amigo de las flores. Ambos eran católicos practicantes. O'Banion había sido monaguillo y niño de coro en la catedral del Santo Nombre, y todavía en la cúspide de su carrera (se le atribuyen veinticinco asesinatos) lo que más le gustaba era cantar cánticos religiosos que entonaba con su voz de tenor algo pastosa. Hymie Weiss, asimismo un buen pistolero, que se preocupaba cariñosamente de su anciana madre, llevaba siempre junto a la pistolera un crucifijo colgado del cuello. Un rosario en el bolsillo del pantalón formaba parte de los pertrechos de rigor del gángster siciliano.

Capone y su gente no sólo abogaban por un ambiente familiar sano y moral, no sólo por una sólida formación religiosa, sino por un duradero orden social en general. Naturalmente que para ellos la institución de la propiedad pri-

vada era especialmente sagrada. Vivían de ella. Pero también, en general, les eran indiferentes los movimientos revolucionarios. Capone fue un decidido patriota. Sobre su escritorio estuvieron siempre los retratos de George Washington y Abraham Lincoln. Intachable era también su postura ante el comunismo: «El bolchevismo llama a nuestra puerta. No debemos dejarle entrar. Tenemos que permanecer unidos y defendernos contra él con plena decisión. América debe permanecer incólume e incorrupta. Debemos proteger a los obreros de la prensa roja y de la perfidia roja, y cuidar de que sus convicciones se mantengan sanas».

Convicciones sanas no les faltaban a los gánsters. Grande era su petulancia. Eran idealistas. Esto en modo alguno puede sorprendemos, y no tiene que ver lo más mínimo con el cinismo o la hipocresía. Capone era completamente sincero cuando en el año 1932 se quejó de que un tribunal había denegado su revisión del proceso: «Sencillamente la justicia no ha jugado limpio conmigo. Soy un buen ciudadano. ¡Ved, si no, cuánto de bueno hice y cómo me pagan ahora!».

Los conciudadanos de Capone muestran aún hoy una cierta comprensión por tales argumentos. El escritor inglés Kenneth Alsop interrogó el año 1960 a docenas de vecinos de Chicago de todas las capas sociales. Sólo encontró a un individuo que estuviese dispuesto a condenar a Capone. He aquí algunas respuestas típicas entre las recogidas por Alsop:

«No puedo considerar criminales a los gánsters de la época de la prohibición. La gente de Chicago quería aguardiente, juegos de azar y mujeres, y la organización de

La balada de Chicago

Capone no fue más que un establecimiento público suministrador que servía a la clientela. Sin la aquiescencia del público aquél no hubiese podido funcionar ni una hora. Precisamente la «gente bien» procuró que los gánsters tuviesen éxito... Yo personalmente siento respeto por Capone. En la Gran Crisis se preocupó mucho por los parados. Instaló cocinas populares donde se podía comer gratis —fue una espontánea prestación social del sindicato... y además otro punto a favor de los gánsters: hicieron más propaganda por el *Cadillac*, como parte integrante del *American way of life* que todo el *trust* de la General Motors».

Éstas son las declaraciones de un sociólogo. Un profesor de la Universidad de Chicago declaró a Alsop: «Capone fue uno de los bienhechores de nuestra ciudad. Esto no lo digo por admiración hacia él, me limito a señalarlo. Sólo es posible el crimen organizado en el caso de que la sociedad lo pida. La empresa de Capone coincidía con los conceptos morales y legales de la población. Sencillamente la situación era ésta: existía una demanda de artículos y servicios que no podía satisfacerse de modo legal. En este momento aparecieron Torrio y Capone, y realizaron un buen trabajo».

Todos los observadores norteamericanos confirman este aserto. Un empleado de la sección de impuestos, encargado de investigar el caso Capone, aseguró a su biógrafo Pasley: «Era sorprendente la capacidad comercial de Capone. Hubiese medrado en cualquier ramo».

Frederick Sondern, un redactor del *Reader's Digest*, enjuició a Capone del modo siguiente: «Con sus facultades organizadoras hubiese llegado a ser un excelente jefe de empresa».

Un profesor de Chicago aún se expresó con más claridad: «El típico criminal de la era Capone no fue ningún intruso, ningún fracasado, sino casi siempre un joven, típicamente resuelto, ingenioso y diestro; bajo otras circunstancias ambientales hubiese sido un capitán de la industria o una personalidad política. El caso es que no tenía posibilidad de ir a Yale, y seguir allí la carrera de banquero o de agente de bolsa».

Es asombroso ver cómo se ajusta la autoevaluación de Capone con estos juicios: «Soy un hombre de negocios, y nada más. Gané dinero satisfaciendo las necesidades de la nación. Si al obrar de este modo infringí la ley, en tal caso mis clientes son tan culpables como yo... Todo el país quería aguardiente, y yo organicé el suministro de aguardiente. En realidad quisiera saber por qué se me llama un enemigo público... Yo sirvo a los intereses de la comunidad. Hago esto tan bien como puedo y procuro que los daños sean tan pequeños como sea posible. No puedo cambiar la situación del país. La afronto. Eso es todo».

El éxito de Capone no puede explicarse de modo más racional que el que acabamos de citar, y habla en favor de la honradez de sus conciudadanos el que aceptas en esta explicación. No niegan *post festum* que el dictador de Chicago fue bien acogido por los habitantes de la ciudad, y reconocen sin más la popularidad de su régimen terrorista. Tanta sinceridad es muy raro hallarla en otras partes del mundo. En Alemania sería inimaginable. Poco después de desaparecer Alphonse Capone tras las rejas de la prisión de Atlanta, no sólo una ciudad, sino todo un país, acogió con júbilo a Adolf Hitler; también él «satisfacía las exigencias de la nación»;

La balada de Chicago
también él «servía los intereses de la comunidad»; también él «afrontaba la situación»; las circunstancias alemanas le dieron origen, al igual que a Capone las de Chicago, por la misma lógica.

Esta lógica es evidente tanto aquí como allí, sólo que en Norteamérica no intentan eludirla. Capone debe su éxito no a un ataque contra el orden social del país, sino a una incondicional adhesión a sus premisas. Es por eso por lo que no tenía de qué arrepentirse, y es por eso por lo que, aún hoy, sus paisanos no se atreven a condenarle. Obedeció a la ley todopoderosa de la oferta y la demanda. Se tomó trágicamente en serio la lucha por la competencia. Creyó de todo corazón en el libre juego de fuerzas. Lo que es bueno para los negocios, es bueno para América: Capone estaba convencido de ello. Daba vía libre al más apto —a él mismo. El secreto del éxito estaba en la calle, entre algunos cadáveres.

No es el éxito lo que convierte al gángster en una figura extraordinaria. Por el contrario, su éxito es el aspecto más normal y más corriente de su existencia: lo comparte con cualquier tratante en chatarra medianamente inteligente. Pero ningún tratante en chatarra puebla los sueños colectivos de la humanidad como él lo hace. No hay hombre de negocios que sobreviva a sus omnipotentes fantasías; sólo los gángsters muertos, Fantomas y Superman, vuelan a través de este mundo imaginario en el que todo es posible: un mundo sin hostilidad, violento y pueril. Capone es su figura central. Su aureola es equívoca como toda mitología: ilusión y pesadilla a la vez. Cuando la rana con la máscara de hierro muestra su rostro, reconocemos en él los rasgos de todo el mundo.

Es por esto por lo que todo el mundo vuelve sus ojos sin ira hacia Capone y su época. Un millar de obras, desde la novela por entregas a la literatura de altos vuelos, lo han perpetuado. Estética del gangsterismo: nostalgia de Mahagonny y el humor grosero de *Some like it hot*; «romanticismo» de la rusticidad; goce de la vulgaridad; olvido de las víctimas y sentimentalismo dorado por la «época que hace tiempo ya pasó». Aquí reside el verdadero enigma del gángsterismo; no hay cascanueces casero que pueda abrir su corteza. Su sabor es indefinible y áspero.

Adaptación a todo trance, incontenible asimilación, supermoderno dinamismo, aptitud supercapitalista, contribuyeron a los fabulosos éxitos de los gángsters de Chicago.

Pero en la más mínima de sus acciones, en todos los rincones de su porte y de su modo de pensar, surge un elemento antagonico: se trata de su procedencia de un pasado exótico, precapitalista, no asimilado. Su modernidad decide su éxito, su antigüedad su fascinación. Esta ambigüedad, este antagonismo fue el fondo engendrador de mitos, de su existencia. Con el gángster la antigüedad se hace contemporánea, la bárbara antigüedad se enraiza en lo más nuevo.

Los dictadores de Chicago fueron todos, sin excepción, inmigrantes de la segunda generación. Fueron, desde un punto de vista étnico, italianos, irlandeses y polacos. Nada sería más estúpido que sacar de este hecho conclusiones sobre «las razas». Sus móviles son exclusivamente históricos, y pueden probarse fácilmente. Polonia era, en el siglo diecinueve, una provincia sometida, repartida entre las grandes potencias de Alemania y Rusia; Irlanda, la víctima del imperialismo británico; Sicilia y Nápoles siguen siendo

hoy día regiones subdesarrolladas. Los gánsters se enraizan en las sociedades semicoloniales de la vieja Europa; sus países de origen fueron estados precapitalistas, feudalmente gobernados. No es casualidad el que a menudo se haya descrito la dominación de Chicago por Capone como una parodia del feudalismo. En la expresión lapidaria de «barones del aguardiente» había algo de cierto. La estructura de su Poder era equívoca como su existencia toda: los sectores de ventas y las zonas comerciales eran, al mismo tiempo, feudos; los jefes de filiales y los agentes del cártel eran secuaces y vasallos; y la fidelidad comercial al contrato no se basaba en ningún código civil sino en las mutuas relaciones de lealtad que prescribe el régimen feudal.

Semejantes rasgos ancestrales pueden comprobarse a cada paso en el hábito y en las costumbres de las bandas de Chicago; realmente, se puede hablar de un folklore gangsteril. Su religiosidad, por una parte signo de respetabilidad burguesa, es, por otra parte, arcaica, como se evidencia en su culto a las madonas y en su predilección por los amuletos; es verídico el que muchos pistoleros de Capone se pusiesen, ellos mismos y sus actos, bajo la advocación de María y le rezasen pidiendo ayuda. La costumbre de lanzar granadas de mano a los compradores reacios, las llamadas «ananas», podrá parecer a primera vista un procedimiento plenamente moderno que corresponde a las técnicas de armas más nuevas; pero, de hecho, se trata, como demostraron los historiadores de la Mafia, de un descubrimiento siciliano que se remonta a principios del siglo diecinueve.

Un rasgo feudal, precapitalista, del régimen de los gánsters es también la largueza que se esperaba de sus

jefes. El mismo Capone nunca se sustrajo a esta exigencia. Solía repartir fabulosas propinas y regalos a la manera de los primitivos monarcas. Su «generosidad» era célebre como la de los príncipes medievales; es decir, especialmente en la época de la Gran Crisis, hacía refluir a los obreros de Chicago una porción insignificante de las contribuciones extorsionadas y de este modo se erigía en bienhechor del pueblo.

Al ritual del gángster pertenecían, además, los singulares, fastuosos y macabros entierros y banquetes, que serían dignos de una especial investigación etnológica. Algunas disposiciones aisladas del Código del Gángster pueden testimoniar su arcaicismo en lo que sigue:

La solidaridad del clan exigía que tras la muerte violenta de un miembro de la banda permaneciesen los supervivientes sin afeitar hasta el día después del entierro. Entre los pistoleros sicilianos era costumbre que cambiasen el llamado «beso de la muerte» antes de la ejecución de una víctima. Una antigua técnica del asesinato consistía en que uno de los verdugos estrechaba la mano de la víctima a fin de impedirle que sacase el arma, mientras el segundo pistolero disparaba la suya. Este procedimiento sólo estaba permitido frente a intrusos. Los miembros de la propia banda sólo podían liquidarse ateniéndose a las reglas con toda meticulosidad: esto sucedía corrientemente en un banquete. La infeliz víctima era obsequiada con vino y selectos manjares, y después era suprimida repentinamente con un tiro por la espalda.

La mayoría de estos detalles se pueden atribuir a los usos y costumbres de la Mafia siciliana. Las conexiones del gangsterismo con estas antiguas sociedades secretas fueron

durante largo tiempo objeto de polémica entre la opinión pública norteamericana: una instructiva polémica. Muy claramente se puede distinguir entre una interpretación «ilustrada» y escéptica, cuyos defensores niegan rotundamente la existencia de la legendaria Mafia, y la fe ciega en que se trata de una conspiración poco menos que todopoderosa, que, de modo misterioso, infestó a los Estados Unidos y la dominó clandestinamente. Estas dos interpretaciones son singularmente típicas. Surgen inevitablemente siempre que se habla de sociedades secretas o de conjuraciones. Antes vimos la correlación entre el mito del gángster y los muchos otros mitos de la Norteamérica colonial y precapitalista, o sea con el mito de la frontera. Aquí se agrega otro elemento: la sociedad secreta es un motivo eminentemente creador de mitos. El que a menudo se discuta con aspereza su existencia, como en el caso de la Mafia, es una prueba más a su favor.

Pues la Mafia siciliana es, desde luego, un hecho histórico; se conoce su papel en la vida de la isla, y son evidentes sus conexiones con los emigrantes sicilianos en América. Pero igualmente evidente que su utilidad para la instalación del régimen de gángsters es la circunstancia de que la Mafia tiene que funcionar en América de modo distinto a como lo hace en su propio país. También participa de aquella ambigüedad que tan característica era del crimen organizado de los años veinte en Chicago. Ciertamente es una antiquísima asociación con reglas tradicionales; pero, al mismo tiempo, adquiere una sorprendente semejanza con las organizaciones del supercapitalismo, con los cárteles y *trusts*. Sus asambleas son tan secretas como las de una sociedad *holding*,

su disciplina es tan severa como la de las más importantes firmas petrolíferas, y merece el nombre de una conjura tan poco, o tanto, como cualquiera de los convenios corrientes contra la legislación anti *trust*. Injustamente se adorna con la aureola de los bandidos mitológicos: con las antiguas personalidades de esta casta tan rica en tradiciones, desde Robin Hood hasta Jesse James, desde Schinderhannes hasta Salvatore Giuliano, poco tiene ya que ver la Mafia. Al lado de los gánsters de Chicago, estos hombres pasan por inocentes en su univocidad, por honrados casi.

Capone y los suyos implantaron en la sociedad capitalista leyes bárbaras y antiguas; pero esta sociedad fue complaciente con ellos. Estaba dispuesta a la regresión.

Es esto lo que convierte en paradigma al caso Capone y apoya su derecho a ocupar un lugar en la moderna mitología. Los años veinte de Chicago proporcionan un modelo a las sociedades terroristas del presente siglo. Cuán penosa y torpemente extrajeron los nazis de las cloacas de la cultura los requisitos de la gran regresión: las SS como sociedad secreta, el principio del jefe (*Führer*) y la quinta columna, los signos y fórmulas, la disciplina y el vasallaje, los coros y el ritual del Partido, y, más que nada, lo que tomaron ellos por sus mitos. Los gánsters de Chicago crearon los suyos, por así decirlo, espontáneamente, sin la más mínima mediación ideológica. Para los fascistas no se llegó a un mito, más aún: sus crímenes excluyeron toda mitificación. Eran demasiado grandes. La fantasía colectiva no pudo abarcarlos. Aún hoy sobrepasan las fuerzas de la imaginación. El poder de Capone es un modelo. Pero este modelo tiene una desventaja: es concebible, abarcable de una ojeada, concreto —en una pa-

labra, es un modelo. Esto lo hace humano, incluso le presta un atractivo equívoco. Equívoco en grado sumo es y sigue siendo el mito del gángster, siniestro e inofensivo, un tópico sangriento del pasado occidental, revelador como una radiografía y engañoso como un viejo éxito.

Alphonse Capone hace tiempo que murió, pero la obra de su vida no bajó con él a la tumba. Sus sucesores le han dado nuevo impulso. Fue un hombre de negocios avanzado, pero no lo bastante avanzado. Lo que hizo de él una figura mitológica, su carácter arcaico, lo arruinó también. Los gángsters de hoy aprendieron de sus errores. No llevan pistola y pagan puntualmente sus impuestos. Hacen sus inversiones con el mismo cuidado en las importaciones que en el tráfico de estupefacientes, lo mismo en la industria textil que en el ramo de los juegos de azar; dominan por el terror a un sindicato obrero con la misma eficiencia con que trabajan en sus oficinas bursátiles, y montan tan racionalmente sus equipos de *callgirls* como una representación general. Los que tienen más éxito entre ellos ganan más que los antiguos gángsters; las autoridades les conocen, pero muy raramente logran probar su culpabilidad.⁵

Luciano, Genovese, Scalisi y los de su calaña disponen de los abogados mejores y más caros del país. Evitan discrepancias de opinión con las autoridades federales. No libran batallas callejeras y no conceden entrevistas. Constantemente permanecen correctos y anónimos. La asimilación no les basta: su consigna es la integración. Les ha dado resultado. Los gángsters de América se han vuelto incoloros y aburridos, tiburones corrientes y adocenados de la *upper middle class*: figuras de un manual de sociología norteamer-

ricana. Ninguna ópera perpetúa su recuerdo, ni siquiera un folletín. Con tal material no pueden ya confeccionarse sueños, ni siquiera los de las novelas por entregas. Son los verdaderos contemporáneos, inconfundibles y completamente actuales, irreconocibles y próximos, como el señor con la cartera que toma asiento junto a nosotros en el tren, en el hotel y en el aeropuerto. Alphonse Capone sólo sigue viviendo en nuestras fantasías, fantasmal como en el poema de Gregory Corso acerca del último de los viejos gángsters:

En la ventana espero
a los sirgadores del aguardiente de Chicago, muertos,
reunidos en torno a mis huesos.
Soy el último gángster, al fin en lugar seguro.
Espero en la ventana a prueba de balas.

Miro abajo hacia la calle y reconozco
a mis dos verdugos de St. Louis.
Qué viejos sé han vuelto...
Enmohecidas están las pistolas
en sus deformados dedos.⁶

Bibliografía:

HERBERT ASHBURY, *The underworld of Chicago*. London 1942.

HERBERT ASHBURY, *An informal history of prohibition*. New York 1950.

W. R. BURNETT, *Little Caesar*. London 1929.

ESTES KEFAUVER, *Crime in America*. Garden City 1951.

JOHN LANDESCO, *Organized Crime in Chicago, The Illinois crime survey, Part III*. Chicago 1929.

ELIOT NESS, *The Untouchables*. New York 1957.

FRED PASLEY, *Al Capone. The biography of a self-made man*. London 1930.

PAUL SANN, *The lawless decade. A pictorial history of a great american transition*. New York 1957.

FREDERICK SONDERN, *Brotherhood of evil : The mafia*. London 1959 (sobre el mismo tema, en alemán, *Bruderschaft des Basen. Die Mafia in USA*. Hagen/Westf. 1962).

FREDERICK M. THRASHER, *The gang: a study of 1313 Gangs in Chicago*, Chicago 1931.

NOTAS A PIE DE PÁGINA

1. Günter Anders, *Die welt als phantom und matrize*. En: *Die antiquiertheit des menschen*. München 1956. *Fantomas* es, dicho sea de paso, un título clásico procedente de la literatura folletinesca de *fin de siècle*. La serie de Fantomas sigue siendo hoy el prototipo de incontables historietas ilustradas en los periódicos. Su héroe reúne los rasgos del gángster con los del superhombre.

2. Citado por Alsop, op. cit., pp. 185 y sig.

3. Citado por Landesco, Op.cit.

4. «He was the world greatest racketeer, but one could have wised him upon some things».

5. Una completa exposición sobre sus actividades la da Estes Kefauver. Su libro está basado en el trabajo de la comisión para la investigación de la criminalidad, comisión nombrada por el senado norteamericano en el año 1950. Kefauver fue su presidente.

6. En: *Gasoline*, San Francisco 1958, p. 32. En alemán por el autor.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de marzo del año 2016.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.